

El chofer anuncia José de San Martín, dos veces lo dice, y fuerte, porque casi todos vienen durmiendo. Gabriela abre los ojos sobresaltada, pasa la mano por el vidrio de la ventanilla empañada para tratar de ver algo pero afuera está completamente oscuro; observa su reloj de pulsera: son las seis y veinte. Dos personas se bajan del ómnibus mientras ella se pone de pie junto a su asiento y forcejea tratando de sacar uno de sus bolsos del estrecho compartimento para los equipajes de mano. Con un gesto rápido lo atrapa antes de que, con el impulso que usó para sacarlo, el bolso caiga despedido desde las alturas sobre alguno de los pasajeros. Finalmente, lo cuelga de su hombro y avanza por el pasillo hacia la puerta. Desciende los escalones y siente un frío intenso que parece mojarle la cara mientras el viento le tira encima de los ojos todo su pelo. Ya en la vereda de ripio revuelve a tientas su bolso en busca del recibo para retirar el resto de su equipaje, lo encuentra y lo entrega al chofer. Las dos personas que descendieron antes que ella han desaparecido en la oscuridad. Mira a su alrededor pero no alcanza a distinguir demasiado: se encuentra en lo que parece una avenida que es a su vez la ruta, una lamparita eléctrica se bambolea desde el cable que la sostiene de vereda a vereda estirando y acortando las sombras a su alrededor.

- Aquí está.

- Gracias... ¿Hay alguna confitería, algún lugar en donde pueda tomar algo y esperar?

- ¿Acá? No, nada, y hasta después de las nueve no aclara del todo... Capaz que si golpea la dejan entrar en el hotel, haga la prueba. O en el Escuadrón de Gendarmería.

- Y el hotel, ¿dónde queda?

- Acá, el hotel es esto. ¡Listo, Miguel, vamos nomás!

- Pará, ¿no ves que falta la señora?

Una mujer menuda con el pelo teñido de un rubio que brilla en la penumbra baja con un pequeño bolso en la mano. Se cierra la puerta y el colectivo parte. La mujer comienza a cruzar la avenida o la ruta, pero luego de dar unos pasos se vuelve sobre sí misma y regresa.

- No te vas a quedar acá, chiquita, ¿esperás a alguien?

- No, yo, en realidad, vengo a la escuela pero...

- Ah, y ¿no vino nadie a recibirte?

- Parece que no, es que el primer colectivo que tomé se atrasó y creo que entonces calculé mal los horarios; vengo de lejos y pensé que iba a haber un lugar para...

- Vení, si no te molesta caminar, yo voy al Pichi, a seis cuadras. Te hago un café o un té si querés y más lueguito, cuando aclare, te vas.

- ¿Qué es?

- ¿El Pichi?, digamos que un bar; soy la dueña así que quedate tranquila que no te van a molestar. Además, a esta hora ya no queda nadie.

- No sé... Bueno.

- A ver, dame una manija y te ayudo a llevar el bolso grande, el otro ponetelo para allá, yo me voy a colgar este del otro brazo. ¿Listo?

- Sí.

- Bueno, dale. ¡A la miércole que pesa!

- Lo puedo llevar yo.

- Estás loca, además, así de menuda como me ves, soy aguantadora. Ahora sí, así está bien, vamos.

- ¿Subimos a la vereda?

- No, chiquita, por la calle nomás, que ésta es la asfaltada. Por la vereda apenas se puede caminar, acá vas a ver que casi todos andamos por la calle, total muchos autos no pasan, menos a esta hora.

- ...

- ¿Cómo te llamás?

- Gabriela, ¿y vos?

- Adela, pero muchos me dicen Adelita y otros... ¿qué importa eso ahora? ¿Venís a trabajar en la escuela?

- Sí, yo había mandado mis papeles y parece que necesitaban una profesora de Matemáticas, así que me llamaron la semana pasada.

- ¿Sos profesora?

- Sí.

- Mirá qué bien, porque acá muchos no quieren venir, ya vas a ver cuando aclare, seis cuabras por seis cuabras y después unos ranchitos y el campo, eso es todo el pueblo. Siempre vienen maestros de Esquel o Trelew y por poco tiempo, no aguantan; los profesores no quieren venir. ¡Si hasta hay un gendarme dando inglés! ¿De dónde sos?

- De Tandil.

- Ah...

- Es una ciudad del sur de la provincia de Buenos Aires.

- Sos porteña.

- No, los porteños son los de la capital, pero eso queda a más de trescientos kilómetros de Tandil; no, no soy porteña.

- Pero para acá, vas a ser porteña y a los porteños no los quieren.

- ...

- Igual no te preocupés, vos sos linda y sos profesora, te van a aceptar, la gente no es tonta y no quieren a cualquiera para darle clase a los hijos. De Matemática, mirá vos, yo nunca entendía nada en la escuela, pero ahora para las cuentas me arreglo sola y te juro que a mí nadie me jode. A ver, esperá, vamos a avisar en Gendarmería porque está oscuro y los milicos, desde lo de Trelew, andan todos tan cagados que le disparan hasta a las avutardas. Ese que está ahí es el Escuadrón, bajamos un poquito el bolso... así está bien; listo, yo aviso y vengo, esperame acá.

Es curioso cómo la visión se acostumbra a la oscuridad, se adapta, se perfecciona. Gabriela puede ahora distinguir, distribuidos cada tanto en las veredas de tierra y ripio, unos árboles esmirriados que se balancean en las sombras y algunas casas distanciadas varios metros unas de otras. El viento le deja en los oídos un zumbido que la perturba. Se pregunta si habrá hecho bien en venir; a decir verdad, si pudiera saldría ya mismo corriendo a cualquier parte. Desde la ventanilla de la guardia alguien la observa; ella baja la vista, se frota las manos, revuelve su bolso hasta encontrar los guantes y se los pone.

- Bueno, ya estamos, chiquita; me preguntaron por vos y les conté que venías a la escuela de profesora y ya se iban a poner pesados con pedir tus documentos así que les dije que vayan esta noche una vuelta gratis al Pichi y se dejaron de hinchar. ¡Lo que faltaba!, si se te ve en la cara que no das más.

- Gracias, la verdad es que hace más de un día que estoy dando vueltas.

- Bueno, si no nos ayudamos entre nosotras... Dale, agarrá, y ánimo que faltan nada más dos cuabras.

- ...

- Y... ¿por qué viniste?

- Porque necesitaban una profesora.

- No, eso ya sé, pero de verdad digo, ¿de qué te estás escapando? Todos los que llegan acá vienen escapando de algo: de los milicos, de la familia, de algún amor que no fue, del novio... ¿Y vos?

- No, yo no...

- Está bien, no me conocés y no tenés por qué contarme pero, creeme, yo sé por experiencia que todos los que vienen acá se escapan de algo. Ya casi estamos.

Finalmente se detienen ante una casa con techo de chapa y paredes de revoque irregular de un color que parece rosa fuerte según la escasa luz que un farol proyecta sobre la puerta de entrada. A la derecha, en un cartel de madera despintada, se lee Pichi Huinca.